

RECUERDO A DON CARLOS RIBERA

BONI OTEGUI



Son ya varias las veces a las que ese tiempo que no cesa de transcurrir, inexorable como nada ni nadie puedan ser jamás, nos obliga a escribir a nosotros sobre una página de OARSO que debiera haber sido cubierta por alguien que... «ya no está aquí». Alguien que sigue con nosotros en el recuerdo y el sentir, pero que por lo que tiene lo humano de imperativo y perecedero, ya no está aquí.

Fineza de estilo en lo literario, galanura de lenguaje, certeros juicios en la crítica de las artes de un hombre integralmente intelectual y artista, culto de una cultura y conocimientos menos fácil de encontrar cada vez, tienen hoy que ser suplantados por la vulgaridad de nuestras palabras de recuerdo.

Recuerdo agradecido si no fuera ya obligado, porque de Don Carlos—para nosotros siempre llevó el DON por delante—, ya se ha hablado. Resultaba insoslayable el que quienes le conocieron, unos por amigos del arte, otros de la literatura y hasta algunos porque les arregló la boca, se sintieran obligados a recordarle en un homenaje. Berruezo, Banús, etc., nos fueron contando cosas de él. Todos coincidieron al retratarle. Había en Don Carlos, para las artes, sensibilidad nata y plenitud de conocimientos, unido ello a una bondad de ánimo que no le permitió lacerar a nadie en sus críticas. A todos, fueran pintores o mancha-lienzos, sabía encontrarles

el lado bueno, sin que por ello evitase utilizar su «finísimo» rigor de quien se las sabe todas.

Nosotros, sin saber tanto de Don Carlos, ni conocerle como quienes nos hablaron de él, podemos asegurar que fue un sincero y fiel amigo de OARSO. Desde la cita primera nunca falló. Fue nuestro anual colaborador desde aquel primer encuentro, en que le pedíamos nos dijera en unas cuartillas «lo que sea» de nuestro mutuo amigo Antton Valverde, quien poco antes había dejado de «estar aquí». Ahora ha sido él quien dobló la última vuelta del camino.

Seguro que ya se encontraron los dos y resulta hermoso podernos imaginar que, mientras a los de OARSO nos apremian la falta de tiempo y las premuras de última hora, dos amigos nuestros siguen trabajando por nosotros. Resulta hermoso imaginarse a Antton pintando para nuestra portada, su valle una vez más, con la inevitable Peña al fondo—lo de «Ayalde» podía decirse congénito en él—, mientras el docto maestro le recrimina: «No tanto gris..., deja que el verde fluya y se expanda, que es primavera».

Primavera sea para hoy y para siempre en las personas que como Don Carlos, pasaron por nuestro lado para que aprendiéramos de su prestancia, saber y elegante comportar.